

PENSAMIENTO “PRIMITIVO”

Y MENTE “CIVILIZADA”

Claude Lévi-Strauss

La manera de pensar de los pueblos que normalmente, y erróneamente, llamamos "primitivos" -sería más correcto llamarlos "pueblos ágrafos" pues es éste, creo yo, el factor que los distingue de nosotros- ha sido interpretada de dos modos diferentes, ambos, en mi opinión, erróneos. El primero considera que dicho pensamiento reviste una calidad más grosera que el nuestro y el ejemplo más inmediato de esta interpretación en la antropología contemporánea es la posición de Malinowski. Quiero aclarar desde ya que tengo la mayor admiración por él pues lo considero uno de los mayores antropólogos por lo que con esta observación no pretendo disminuir su contribución con respecto al campo de la ciencia. Con todo, Malinowski tuvo la sensación de que el pensamiento del pueblo que se disponía a estudiar -y, en general, el de todas las poblaciones ágrafas objeto de estudio de la antropología- era o es enteramente determinado por las necesidades básicas de la vida. Si se sabe que un pueblo, sea el que fuere, está determinado por las necesidades básicas más simples de la vida -resolver el problema de la subsistencia, satisfacer las pulsiones sexuales, etcétera- entonces se está en condiciones de explicar sus instituciones sociales, sus creencias, su mitología y todo el resto. Ampliamente difundida, esta concepción ha sido designada en antropología con el nombre de funcionalismo.

En lugar de subrayar que es un tipo de pensamiento inferior, como lo hace la primera interpretación, la otra manera de encarar el pensamiento "primitivo" afirma que es un tipo de pensamiento fundamentalmente diferente del nuestro. Este abordaje se concreta en la obra de Lévy-Brohl, quien consideró que la diferencia básica entre el pensamiento "primitivo" -pongo siempre entre comillas la palabra primitivo- y el pensamiento moderno reside en que el primero está completamente determinado por representaciones místicas y emocionales. En tanto la de Malinowski es una concepción utilitarista, la de Lévy-Brohl es emocional o afectiva. Entonces, he intentado demostrar que, de hecho, el pensamiento de los pueblos ágrafos es (o puede ser, en muchas circunstancias) por un lado un pensamiento desinteresado -lo que representa una diferencia con relación a

Malinowski- y, por otro lado, un pensamiento intelectual -lo que supone una diferencia con respecto a Lévy-Bruhl-.

En *El totemismo en la actualidad* o en *El pensamiento salvaje*, por ejemplo, intenté demostrar que esos pueblos que consideramos totalmente dominados por la necesidad de no morir de hambre, de mantenerse en un nivel mínimo de subsistencia en condiciones materiales muy duras, son perfectamente capaces de poseer un pensamiento desinteresado; es decir, son movidos por una necesidad o un deseo de comprender el mundo que los circunda, su naturaleza y la sociedad en que viven. Por otro lado, responden a este objetivo por medios intelectuales, exactamente como lo hace un filósofo o incluso, en cierta medida, como puede hacerlo o lo hará un científico.

Esta es mi hipótesis básica.

Pero desde ya quiero aclarar un mal entendido. Decir que un pensamiento es desinteresado, o sea, que se trata de un modo intelectual de pensar, no significa asimilarlo al pensamiento científico. Evidentemente, es diferente en ciertos aspectos e inferior en otros. Y es diferente porque su finalidad reside en alcanzar, por los medios más diminutos y económicos, una comprensión general del universo -y no sólo una comprensión general, sino total-. Es decir, se trata de un modo de pensar que parte del principio de que si no se comprende todo no se puede explicar nada, lo cual es absolutamente contradictorio con la manera de proceder del pensamiento científico, que consiste en avanzar etapa por etapa, intentando dar explicaciones para un determinado número de fenómenos y progresar, enseguida, hacia otro tipo de fenómenos, y así sucesivamente. Como ya dijo Descartes, el pensamiento científico divide la dificultad en tantas partes como sea necesario para resolverla.

Así, esta ambición totalitaria de la mente salvaje es bastante diferente de los procedimientos del pensamiento científico. Y la gran diferencia, en verdad, reside en que esta ambición no alcanza el éxito. Por ejemplo, por medio del pensamiento científico nosotros somos capaces de alcanzar el-dominio de la naturaleza -creo que no hay necesidad de desarrollar este punto, ya que esto es suficientemente evidente para todos- en tanto el mito fracasa en su objetivo de proporcionar al hombre un mayor poder material sobre el medio. A pesar de todo le brinda la

ilusión, extremadamente importante, de que él puede entender el universo y de que, de hecho, él entiende el universo. Empero, como es evidente, apenas se trata de una ilusión.

Sin embargo, debemos señalar que como pensadores científicos utilizamos una cantidad muy limitada de nuestro poder mental, sólo lo necesario para nuestra profesión, para nuestros negocios o para la situación particular en que nos encontramos inmersos. De esta manera, si una persona profundiza durante veinte años o más en la investigación del modo como operan los sistemas de parentesco y los mitos utiliza esa porción de su poder mental. Pero no podemos exigir que toda la gente esté interesada precisamente en las mismas cosas; de ahí que cada uno de nosotros utilice una cierta porción de su poder mental para satisfacer las necesidades o alcanzar los objetivos que le interesan.

En la actualidad utilizamos más -y al mismo tiempo menos- nuestra capacidad mental que en el pasado. Y no se trata precisamente del mismo tipo de capacidad mental en ambos casos. Por ejemplo, hacemos un uso considerablemente menor de nuestras percepciones sensoriales. Cuando me disponía a redactar la primera versión de *Mitológicas* me topé con una cuestión en apariencia extremadamente misteriosa. Al parecer existía una determinada tribu que conseguía ver el planeta Venus a la luz del día, cosa que además de increíble me parecía materialmente imposible. Cuando expuse el problema a astrónomos profesionales me respondieron que, efectivamente, nosotros no lo logamos pero que atendiendo a la cantidad de luz emitida por el planeta Venus durante el día realmente no es inconcebible que algunas personas puedan detectarlo. Más tarde consulté viejos tratados de navegación pertenecientes a nuestra propia civilización, y todo indica que los marineros de esa época eran perfectamente capaces de ver el planeta Venus a la luz del día. Probablemente, también nosotros podríamos lograrlo si tuviésemos la vista entrenada.

Sucede precisamente lo mismo con nuestros conocimientos acerca de las plantas y los animales. Los pueblos ágrafos poseen un conocimiento extremadamente exacto de su medio y de todos sus recursos. Nosotros hemos perdido todas esas cosas, pero no ha sido en vano: ahora estamos en condiciones de guiar un automóvil sin correr el riesgo de ser aplastados en cualquier

momento, y al final del día podemos arreglar la radio o el televisor. Esto implica un entrenamiento de las capacidades mentales que los pueblos "primitivos" no tienen porque no necesitan de ellas. Presiento que con el potencial que poseen podrían haber modificado la calidad de sus mentes; pero tal modificación no sería adecuada al tipo de vida que llevan y al tipo de relaciones que mantienen con la naturaleza. No es posible desarrollar inmediata y simultáneamente todas las capacidades de la mente humana. Apenas puede usarse un sector diminuto, y éste nunca es el mismo pues varía en función de las culturas. Eso es todo.

Una de las muchas conclusiones que, probablemente, pueda extraerse de la investigación antropológica es que pese a las diferencias culturales existentes entre las diversas fracciones de la humanidad la mente humana es en todas partes una y la misma cosa, con las mismas capacidades. Creo que esta afirmación es compartida por todos.

No juzgo que las culturas hayan intentado, sistemática o metódicamente, diferenciarse unas de otras. En verdad, durante centenares de miles de años la humanidad no era numerosa sobre la Tierra y los pequeños grupos existentes vivían aislados, de modo tal que no resulta asombroso que cada uno haya desarrollado sus propias características, tornándose diferentes unos de otros. Pero no era ésta una finalidad percibida por los grupos. Apenas fue el mero resultado de las condiciones que prevalecieron durante un período bastante dilatado.

Llegados a este punto, no quiero que piensen que esto representa un peligro o que estas diferencias deberían ser eliminadas, pues en la realidad las diferencias son extremadamente fecundas. El progreso sólo fue posible a partir de ellas. Actualmente el desafío reside en aquello que podríamos llamar la supercomunicación -es decir, la tendencia a conocer con exactitud, ubicados en un determinado punto del globo, lo que sucede en el resto del mundo-.

Para que una cultura sea realmente ella misma y esté en condiciones de producir algo original, la propia cultura y sus miembros deben estar convencidos de su originalidad y, en cierta medida, también de su superioridad sobre los otros: sólo en condiciones de subcomunicación ella puede producir algo. En la

actualidad nos hallamos amenazados por la perspectiva de reducirnos a simples consumidores, individuos capaces de consumir lo que fuere, sin importar de qué parte del mundo y de qué cultura proviniera y desprovistos de todo grado de originalidad.

Entretanto, es fácilmente concebible una época futura en que sólo exista una cultura y una civilización en toda la superficie de la Tierra. No creo que esto vaya a suceder, porque siempre funcionarán tendencias diversas y contradictorias -por un lado en dirección a la homogeneidad y, por otro, a favor de nuevas diferenciaciones. Cuanto más homogénea se torna una sociedad, tanto más visibles serán las líneas internas de separación, y lo que se ganó en un nivel se perderá, inmediatamente, en el otro. Esta es una creencia personal, y no tengo pruebas claras que aseguren el funcionamiento de esta dialéctica. Pero ocurre que en realidad no consigo entender cómo la humanidad podría vivir sin algún tipo de diversidad interna.

Vamos a considerar ahora un mito del Canadá Occidental sobre una raya que intentó controlar o dominar al Viento Sur y que logró éxito en su empresa. Se trata de una historia anterior en el tiempo a la existencia del hombre sobre la Tierra, es decir, de una época en que los hombres, de hecho, no se diferenciaban de los animales; los seres eran mitad humanos y mitad animales. Todos se sentían muy incómodos con el viento, porque los vientos, especialmente los vientos malos, soplaban permanentemente, impidiéndoles pescar o recoger conchas con moluscos en la playa. Por lo tanto, decidieron que debían luchar contra los vientos, para obligarlos a comportarse más decentemente. Hubo una expedición en que participaron varios animales humanizados o seres humanos animalizados, incluyendo a la raya, que desempeñó un importante papel en la captura del Viento Sur. Este fue liberado luego de prometer que no volvería a soplar constantemente, sino sólo de vez en cuando, o en determinados períodos. Desde entonces, el Viento Sur sólo sopla en ciertos períodos del año, o una vez cada dos días: durante el resto del tiempo la humanidad puede dedicarse a sus actividades.

Bueno, en realidad esta historia no sucedió nunca, pese a lo cual no podemos limitarnos a considerarla completamente absurda y a permanecer satisfechos tachándola de una creación imaginaria de una mente entregada al delirio. Tenemos que

tomarla en serio y hacernos la siguiente pregunta: ¿por qué la raya y por qué el Viento Sur?

Cuando se estudia minuciosamente el material mitológico respetando la forma exacta en que ha sido narrado se verifica que la raya actúa sobre la base de determinadas características, que son de dos tipos. La primera reside en que la raya es un pez, como todos sus congéneres escamados, blando por abajo y duro por arriba. La segunda es aquella según la cual la raya puede escapar con éxito cuando tiene que enfrentar a otros animales: parece muy grande vista desde abajo o desde arriba y es extremadamente delgada vista de perfil. Un adversario podría pensar que es muy fácil disparar una flecha y matar a una raya, por el hecho de que es tan grande; sin embargo, mientras la flecha se dirige al blanco ella puede girar o deslizarse rápidamente ofreciendo apenas el perfil que, evidentemente, es imposible de alcanzar; y así puede escapar. Por lo tanto, la razón por la cual se escogió a la raya reside en que éste es un animal que, considerado desde uno u otro punto de vista, es capaz de responder -empleando el lenguaje de la cibernética- en términos de "sí" y "no"- Es capaz de dos estados que son discontinuos, uno positivo y otro negativo. La función que la raya desempeña en el mito es -aunque, evidentemente, no pretendo llevar el paralelismo demasiado lejos- semejante a la que cumplen los elementos que se introducen en las computadoras modernas y que pueden ser utilizados para grandes problemas adicionando una serie de respuestas del tipo "sí" y "no".

Obviamente, pese a que es erróneo e imposible (desde un punto de vista empírico) que un pez pueda luchar contra el viento, desde un punto de vista lógico es posible comprender por qué razón se utilizan imágenes extraídas de la experiencia. En esto consiste la originalidad del pensamiento mitológico, en desempeñar el papel del pensamiento conceptual: un animal susceptible de ser usado como, diría yo, un operador binario puede tener, desde un punto de vista lógico, relación con un problema que también es un problema binario. Si el Viento Sur sopla todos los días del año la vida se vuelve imposible para la humanidad. Pero si sopla día por medio -un día "sí", "no" el otro día, y así sucesivamente- entonces se torna posible una especie de compromiso entre las necesidades de la humanidad y las condiciones predominantes en el mundo natural.

Así, desde un punto de vista lógico existe afinidad entre un animal como la raya y el tipo de problema que el mito se propone resolver. Desde un punto de vista científico la historia no es verdadera, pero sólo pudimos entender esta propiedad del mito en la época en que la cibernética y las computadoras aparecieron en el mundo científico, proporcionando el conocimiento de las operaciones binarias, que ya habían sido puestas en práctica, si bien de una manera bastante diferente, por el pensamiento mítico, valiéndose de objetos o seres concretos. Así, no existe en realidad una especie de divorcio entre mitología y ciencia. Sólo el estadio alcanzado contemporáneamente por el pensamiento científico nos posibilita comprender lo que hay en este mito; permanecemos completamente ciegos ante él hasta que la idea de las operaciones binarias devino un concepto familiar para todos.

No quiero que juzguen que en este momento estoy colocando en pie de igualdad la explicación científica y la explicación mítica. Lo que afirmo es que la grandeza y la superioridad de la explicación científica no sólo residen en las realizaciones prácticas e intelectuales de la ciencia sino también en el hecho, del que damos testimonio a diario con mayor claridad, de que la ciencia no sólo está preparada para explicar su propia validez, sino también aquello que, en cierta medida, es válido en el pensamiento mitológico.

Lo importante es que comenzamos a interesarnos cada vez más por este aspecto cualitativo y que la ciencia, cuya perspectiva fue meramente cuantitativa entre los siglos XVII y XIX, comienza a integrar los aspectos cualitativos de la realidad. Indudablemente, esta tendencia nos permite entender una gran cantidad de cuestiones pendientes del pensamiento mitológico que en el pasado nos apresurábamos a dejar de lado como cosas absurdas y carentes de significado.

El desarrollo de esta línea nos lleva a pensar que entre la vida y el pensamiento no existe hiato absoluto considerado como una realidad concreta por dualismo filosófico del siglo XVIII. Si lográsemos admitir que lo que ocurre en nuestra mente no se diferencia en absoluto, ni sustancial ni fundamentalmente, del fenómeno básico de la vida; y si llegáramos a la conclusión de que no existe tal hiato imposible de superar entre la humanidad, por un lado, y todos los demás seres vivos (no sólo los animales sino también las plantas), por el otro, llegaríamos tal vez a

obtener más sabiduría (digámoslo francamente) que aquella que esperábamos llegar alguna vez a alcanzar.

